



LECCIÓN 105 Mías son la paz y la dicha de Dios.

Comentario de Sarah:

Sabemos que hemos recibido los dones de Dios cuando los damos. No podemos saber lo que tenemos y lo que somos hasta que lo damos. Este es un pensamiento central en el Curso. De hecho, Jesús dice que revertir nuestra visión de dar es uno **"de los principales objetivos de aprendizaje de este curso"**. (L.105.3.1) ¿Cuál es tu idea de dar? Muy a menudo se trata de lo que podemos obtener a cambio. En la perspectiva del mundo, dar es perder, y cuando damos, generalmente esperamos algún tipo de reciprocidad. Por lo general, esperamos obtener algo a cambio de lo que hemos dado. Si soy amable y generoso contigo, podría esperar gratitud, amabilidad o generosidad a cambio. Cuando realmente entendemos que no hay necesidad de reciprocidad, porque solo nos entregamos a nosotros mismos, entonces podemos experimentar el verdadero dar donde no hay expectativas.

"La paz y la dicha de Dios te pertenecen. Hoy las aceptaremos, sabiendo que son nuestras. Y trataremos de entender que estos regalos se multiplican a medida que los recibimos." (L.105.1.1-3) ¿Cómo aceptamos la paz y la dicha de Dios? Reconocemos que están en nosotros ahora y nos pertenecen. Ahora todos deben compartir nuestra paz y dicha. Estos atributos ya están en todos porque han sido dados a todos por Dios. Todos compartimos la Unicidad de Dios. El ego nos quiere hacer creer que, si tenemos paz y dicha, debemos haberlas ganado a expensas de alguien. Es la creencia en "uno u otro". Si soy feliz, he ganado mi felicidad a expensas de alguien, y por lo tanto han perdido lo que yo he ganado. Es por eso por lo que nos sentimos culpables cuando nos sentimos muy felices, y por qué creemos que la felicidad no puede durar. Sentimos que no merecemos ser felices. Nos decimos a nosotros mismos que hay personas que sufren en el mundo y que debemos sentirnos culpables si somos felices.

Una amiga recientemente me dio algunos artículos de su venta de garaje por los que pagué lo que me pidió. Más tarde, noté que había un pequeño artículo que había recogido que no había pagado. Asumí que tal vez valdría entre tres y cinco dólares. Cuando la llamé por teléfono y le dije que quería pagar por este artículo, me dijo que podía pagar el almuerzo que habíamos programado para la semana siguiente. El almuerzo sería de unos veinticinco dólares. De repente sentí como si hubiera perdido en esta transacción. El trato no estaba a mi favor. Fue otra oportunidad para mirar mi idea de valor y una sensación de haber perdido. Pero para el espíritu, nada se puede perder. Solo nos estamos dando a nosotros mismos todo el tiempo. Los regalos que damos verdaderamente no tienen condiciones. **"Los regalos que verdaderamente se dan no entrañan pérdida alguna"**. (L.105.1.6)

El pensamiento de que hay ganadores y perdedores se originó en la mente con la creencia de que le robamos nuestra identidad a Dios. Ahora tenemos nuestro yo individual a Su costa porque no puede haber tanto Dios como yo en la Unicidad. Si yo existo, entonces Él no puede existir. Es un pensamiento de "uno u otro", lo que significa que, si gano, alguien debe perder. Así es como funcionamos en el mundo ilusorio. Pero con este pensamiento viene la creencia de que hemos

hecho algo terriblemente mal, por lo que nos sentimos culpables. No es un pensamiento consciente en nosotros, pero ¿no tenemos todos un vago sentimiento de que estamos equivocados, aunque no estamos seguros de por qué? Cuando nos aferramos a esta creencia, entonces cualquier felicidad que sintamos está teñida de culpa, porque sentimos que alguien debe haber perdido si hemos ganado. Por ejemplo, cuando soy feliz en mi relación, es porque mis necesidades han sido satisfechas. Mis expectativas se han cumplido, y tu te has sacrificado en mi nombre. Ahora me siento amada y apoyada por ti. He recibido lo que quiero de ti. Sin embargo, con tal trato en una relación, cualquier felicidad que experimente está teñida de culpa. Es porque, si obtuvimos lo que queríamos, entonces sentimos que en algún nivel debemos haberlo robado. Es un reflejo de la creencia de que robamos los dones de Dios y los escondimos en el mundo para escapar de Su ira. Por lo tanto, parece que la paz y la dicha no pueden ser nuestras sin estar acompañadas por el sentimiento de que no nos las merecemos. Si tenemos paz y dicha, hay un sentimiento de que a alguien se le ha privado de ellas.

Esta idea se desarrolla realmente en el capítulo 16, donde Jesús habla de relaciones especiales. Estas son lo que él llama los **"regateos que se hacen con la culpabilidad."** (L.105.1.5) Son regateos hechos con culpa porque en nuestras relaciones especiales, damos nuestros regalos a cambio de lo que esperamos recibir del otro. Sin embargo, queremos algo mejor que lo que damos. Nuestras relaciones especiales son acerca de tratar de extraer de los otros, dones de mayor valor que los que damos. Cada uno de nosotros quiere dar lo menos posible para obtener la mayor cantidad posible. Todo el conflicto que experimentamos en nuestras relaciones se basa en esta premisa. Estamos constantemente tratando de extraer del otro lo que mejor satisfaga nuestras necesidades. Al final, es la base de nuestra miseria y sufrimiento porque ahora vivimos en un estado de culpa. La sanación requiere que miremos nuestras motivaciones e intenciones con gran honestidad. De lo contrario, nos eximimos de este proceso, viéndonos inocentes mientras que otros son los culpables, reteniendo para nosotros lo que queremos extraer de ellos.

"Cada pareja trata de sacrificar el yo que no desea a cambio de uno que cree que prefiere. Y se siente culpable por el "pecado" de apropiarse de algo y de no dar nada valioso a cambio. ¿Que valor le puede adjudicar a un yo del que quiere deshacerse para obtener otro "mejor"?" (T.16. V.7.5-7) (ACIM OE T.16.VI.49) No podemos soportar ser felices por mucho tiempo porque la culpa dice que no merecemos la felicidad. Con cada trato que hacemos en nuestras relaciones especiales, nuestra culpa se refuerza porque estamos constantemente haciendo tratos para servir a nuestras necesidades a expensas de nuestros hermanos e intercambiando nuestros regalos de poco valor por otros de mayor valor donde podemos ganar con cada intercambio.

La creencia de que Dios ha perdido porque he tomado Su amor y dicha para mí mismo es la base del sistema de pensamiento que sostengo. Es una creencia tan fundamental en nuestras vidas y tan profundamente defendida, lo que hace que sea muy difícil de ver, sin embargo, es lo mismo para todos. Para reconocer este patrón, debemos permanecer atentos a nuestras motivaciones e intenciones. No podemos sanar lo que no vemos. Necesitamos mirar detrás de nuestras defensas sin juicio y con gran honestidad.

Cuando aplicamos estas lecciones en nuestra vida diaria y nos mantenemos atentos a nuestros pensamientos, podemos hacer un gran progreso en deshacer este sistema de pensamiento de "dar para recibir". **"Esta extraña distorsión de lo que significa dar impera en todos los niveles del mundo que ves. Priva de todo sentido a cualquier regalo que das, y hace que los que aceptas no te aporten nada."** (L.105.2.3-4)

El ego constantemente quiere probar que él es la fuente del amor y la vida, no Dios. Mientras invertimos en su sistema de pensamiento, nos sentimos culpables cuando experimentamos paz y dicha, porque estos "regalos" vienen a expensas de alguien. Sin embargo, el verdadero dar no implica ninguna pérdida. **"Los regalos de Dios no disminuyen cuando se dan. Por el contrario, se multiplican."** (L.105.3. 4-5) Este es un tipo auténtico de dar donde damos, y sabemos que en este dar, no podemos perder. En este tipo de dar no hay culpa, y recibimos los dones que damos. Estamos deshaciendo la idea de 'dar para recibir.' Jesús enseña que todo lo que damos se nos da a nosotros mismos. Cada vez que traemos nuestro especialismo a la conciencia y estamos dispuestos a experimentar la sanación, recibimos el milagro. El especialismo tiene que ver conmigo.

"Pues dar se ha convertido en una fuente de temor, y, así, evitas emplear el único medio a través del cual puedes recibir. Acepta la paz y la dicha de Dios, y aprenderás a ver lo que es un regalo de otra manera. Los regalos de Dios no disminuyen cuando se dan. Por el contrario, se multiplican" (L.105.3.2-5) En última instancia, nuestro temor es que seremos castigados por lo que hemos robado de Dios y tomado de nuestros hermanos en los tratos egoístas que tratamos de hacer con todos. Ahora estamos llamados a traer la culpa, el especialismo, el odio y el miedo en nuestras mentes, para sanar, para que podamos experimentar los dones de paz que nos dio Dios, cuyo amor infinito por nosotros es ilimitado.

"De la misma manera en que la paz y la dicha del Cielo se intensifican cuando las aceptas como los regalos que Dios te da, así también la dicha de tu Creador aumenta, cuando aceptas como tuyas Su dicha y su paz". (L.105.4.1) Jesús está diciendo que la plenitud de Dios depende de nuestra aceptación de Sus dones para nosotros. Esta no es una declaración que deba tomarse literalmente, ya que la dicha de Dios está completa ahora. Nada le falta. Es sólo una expresión de lo mucho que debemos tomar en serio la importancia de aceptar la plenitud del amor de Dios por nosotros. Con la aceptación de la verdad de nuestro verdadero Ser viene la gratitud por la alegría que somos y la alegría que recibimos al dar sin expectativas de nada a cambio.

Hoy en día, se nos pide que elijamos a alguien que pensamos como un enemigo a quien le hemos negado la paz y la dicha. Hemos olvidado que todos somos iguales, **"de acuerdo con las equitativas leyes de Dios."** (L.105.6.2) Al ver las diferencias con nuestros hermanos, hemos negado la paz y la dicha. Ahora podemos reclamar la paz y la alegría que hemos negado al ver a nuestros hermanos como inocentes. **"Y a ese punto es a donde tienes que volver para reivindicarlas como propias"**. (L.105.6.4) La paz y la dicha que damos a nuestros hermanos es lo que recibimos para nosotros mismos, ya que somos uno con cada hermano. Cualquier ataque que hagamos a otro es un ataque a nosotros mismos. Ahora aprendemos que cómo vemos a nuestros hermanos es cómo nos vemos a nosotros mismos. Todos somos iguales en nuestra divinidad. Esta igualdad es un reflejo del único Ser que somos. Todos tenemos el mismo sistema de pensamiento que vino con la separación y tenemos la misma luz sanadora del Espíritu Santo dentro de nuestras mentes. Aquí no hay diferencias a pesar de las apariencias en el mundo de la forma.

Cuando estamos dispuestos a asumir la responsabilidad de nuestra culpa al ver que solo nos atacamos a nosotros mismos, podemos traer la culpa de vuelta a nuestras propias mentes y entregársela al Espíritu Santo. **"Ahora estás listo para aceptar el regalo de paz y de dicha que Dios te ha dado. Ahora estás listo para experimentar la dicha y la paz que te has negado a ti mismo."** (L.105.7.4-5) Sólo silenciando la voz de especialismo del ego escucharemos la Voz del Espíritu Santo. Al escuchar Su Voz, necesitamos mirar todas las formas en que interferimos. Es cuando expresamos impaciencia, irritación, pensamos mal de los demás,

chismorreamos sobre ellos, nos frustramos, estas son algunas de la miríada de formas en que nos alejamos de la paz. Cuando un hermano te tienta a tirar por la borda tu paz y dicha, es porque en realidad quieres que te traicionen para que puedas culparlos por tomar tu alegría. Hemos optado por tirar nuestra paz y proyectar en ellos la elección que hemos hecho, haciéndolos responsables de nuestra falta de paz. Nadie puede tomar nuestra paz a menos que les demos el poder para hacerlo. Al elegir asumir la responsabilidad de todo lo que parece sucederme, cada vez más llevo a reconocer que realmente no soy una víctima del mundo que veo.

Hoy, liberamos nuestras percepciones erróneas y ofrecemos bendiciones en su lugar, para que podamos recibir bendiciones. Cada hermano merece recibir esta bendición sin excepciones. Es **"su derecho de acuerdo con las equitativas leyes de Dios."** (L.105.6.2)

Hoy en día, estamos llamados a mirar dónde retenemos las bendiciones y a reconocer que cuando lo hacemos, solo las retenemos de nosotros mismos. Al separar a alguien de mi amor, me estoy separando de la Presencia. Cuando abro mi corazón a mis llamados "enemigos" al ver su llamado al amor y la comprensión, en lugar de centrarme en su comportamiento, me estoy abriendo al don de la paz y a la dicha que Dios está ofreciendo para mí. Por lo tanto, me estoy abriendo para recibir estos regalos. No es algo que recibimos primero y luego damos, sino que, de hecho, damos para saber que hemos recibido. Los dones de paz y dicha ya están en nosotros. Practicamos esta Lección, no solo afirmando que la paz y la dicha de Dios son nuestras, sino dejando de lado las barreras que tenemos en contra de reconocer los dones que ya hay en nosotros.

Nuestros "enemigos" no están fuera de nosotros, sino que reflejan nuestro propio odio interno hacia nosotros mismos, que proyectamos en nuestros hermanos. El odio a uno mismo debe ser visto como lo que es si queremos sanar. Para aceptar los dones de Dios, debemos asumir la responsabilidad del odio a nosotros mismos en la mente. Al entregarlo al Espíritu Santo, Él nos recuerda que no es la verdad sobre nosotros, ni la de nuestros hermanos. Nuestros hermanos son inocentes, al igual que nosotros. Todos somos iguales. Cuando vemos a los demás como diferentes, estamos tratando de conseguir, negociar y vernos como los seres especiales que merecen más de lo que otros obtienen. Es importante mirar nuestras motivaciones y ser muy honestos al reconocer la culpa que estas relaciones conllevan. Vale la pena el esfuerzo que se necesita para permanecer vigilantes en la observación de nuestras mentes. Lo que no vemos impide la sanación.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca

Publicado en DAILY LESSON MAILING por <http://www.jcim.net>
ÚNASE A LA LISTA DE CORREO AQUÍ: <http://bitly.com/CIMSMailingList-Signup>